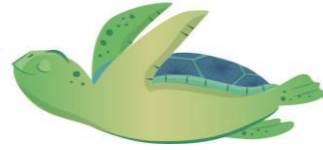




Vasos de plástico



Érase una vez, un vasito de plástico que estaba muy triste. Estaba triste porque a su madre la habían olvidado en el mar y terminó flotando en el océano.

El vasito la quería traer de vuelta, pero él no podía moverse de su sitio, además su madre había sido abandonada en un lugar que estaba a kilómetros de distancia. Sucedió algo inesperado y la familia decidió ir justo a ese lugar, y entonces el vaso se puso feliz, tan feliz que derramó un poco de exquisita Sprite. El niño más pequeño de la familia lo agarró y se lo llevó.

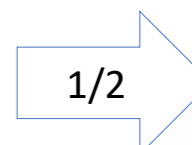
En dirección a ese lugar el vasito fue viendo muchos animales y observó cómo un par de mapaches cargaban a unos de los primos lejanos del vasito con comida dentro. Él deseaba llegar pronto a ese lugar para reunirse de nuevo con su madre, pero para su mala suerte, la familia decidió hacer una parada para visitar a unos parientes.

Al llegar al lugar el vasito vio a una hermosa taza y enseguida se enamoró perdidamente de ella, la taza la usaba la señora de la familia para alimentar a la bebé. Con el tiempo ambos se fueron enamorando más y más uno del otro. Pero finalmente la despedida llegó, la bebé en un berrinche provocó que a la madre se le cayera su amada taza quebrándose en pedazos y muriendo al instante. Fue el único amor que el vasito tuvo y que tendrá.

La familia reanudó el viaje, el vasito, con el corazón roto, sólo se consolaba con la idea de que podría ver a su madre de nuevo. El tiempo pasaba y el vasito sintió que no podía aguantar más, ¡él quería ver a su madre lo más pronto posible! Furioso, causó el derrame del jugo que el niño se había servido. Para secar el líquido, la familia paró en un estacionamiento. Esto hizo que el vasito se desesperara aun



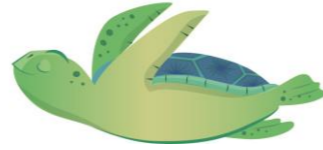
ID-952



Anónimo, 17 años



Vasos de plástico



ID-952



FIN

Anónimo, 17 años

más, pero aprendió la lección y se mantuvo calmado y tranquilo para no causar más retraso.

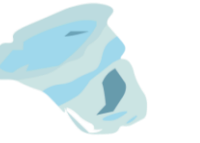
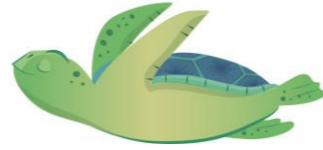
Ya en el lugar, el vasito estaba muy emocionado por entrar al mar y reencontrarse con su madre así que estuvo rodando y rodando hasta llegar al mar. Cuando se metió, el vasito se dio cuenta que reencontrarse con su madre no iba a ser tan fácil como pensaba. Pudo observar lo vasto que era el mar y aun así esto no fue suficiente para detenerlo. Se llenó él mismo para controlar su movimiento a medida que avanzaba en el mar, cuando se hundía mucho liberaba un poco de agua y cuando subía demasiado se rellenaba para hundirse. Estuvo haciendo esto por horas y horas tratando de encontrar a su madre.

Lo hizo por tanto tiempo que le salieron pequeños agujeros en su cuerpo, esto facilitaba sus movimientos. Pero de lo que no se percataba era de la cantidad de peces pequeños que el atrapaba, los cuales morían cuando el expulsaba el agua.

Después de varios días el vasito sintió algo dentro y cuando miró se espantó y al mismo tiempo se sintió culpable. Eran montones de pececillos muertos. Al darse cuenta de que algunos seguían moviéndose, no pudo más y en ese momento, abandonó su sueño y se apretó hasta tal punto que los pequeños huecos que habían en su cuerpo se fueron expandiendo, causando la muerte del vasito de plástico.



Vasos de plástico



Pasa el tiempo y todo se vuelve más oscuro. La luz ya no llega a donde el vaso se encuentra. Los peces lo rodean, pero no conocen su origen. Cada vez dudan de si se trata de un nuevo alimento. Todo parece obra del destino, el vaso comido por el pez. Lo peor de todo, ni el “depredador” ni la “presa” tienen la culpa. Entonces ¿Cómo llegó el vaso a ese lugar?

Esperando, el instante en que el vaso le haga daño al pez.

El vaso fue creado para que los humanos puedan beber. Lo hicieron en una fábrica, para luego llevarlo a una tienda y venderlo. Así fue como llegó a las manos de Julia, la dueña de un puesto de ceviche al paso. Julia trabajaba para ayudar con la economía del hogar. Ella compró el vaso en el mercado de su vecindad. Ella no tenía idea de lo que pasaría después con el producto que acababa de comprar. Su puesto de comida era bien recibido pues su sitio de trabajo siempre estaba

limpio y brindaba un servicio de calidad a sus clientes. Su buena ubicación, a orillas de la playa, le aseguraba siempre un buen número de comensales.

Entre sus clientes más frecuentes estaba Martín, un joven policía que vivía en la misma vecindad que Julia. Martín era buen amigo de Julia y todos los viernes por la tarde, cuando su turno de patrullaje acababa él iba a “picar” ese rico ceviche que Julia le preparaba.

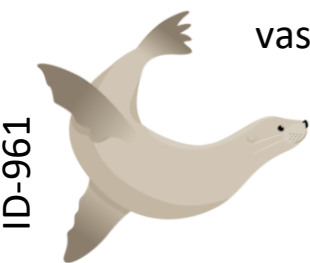
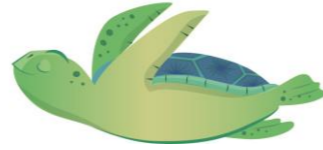
Era el último viernes de septiembre cuando Martín, cansado de trabajar y con un hambre voraz, fue al puesto de Julia para comer su ansiado ceviche. Julia, como lo conocía bien le invitó del refresco que ella había preparado para ese día. Martín agradecido tomó el vaso, bebió su contenido, y cuando terminó su almuerzo, guardó el recipiente de plástico en su bolsillo. Su idea original era botarlo ahí nomás.

Marco A. Rodriguez, 17 años





Vasos de plástico



Pero ante la presencia de Julia, decidió no botar el vaso en el puesto. Lo botaría en otro lugar.

Martín se despidió de Julia y se fue a dar un paseo por la costa que era su camino habitual para ir a casa. En ese momento se metió la mano al bolsillo y encontró el vaso de plástico que le había dado Julia. El hombre no lo pensó mucho y botó el vaso en medio de la arena. Parecía un acto involuntario, sin importancia. Tal vez simplemente pensó que alguien más lo recogería y que no pasaría nada con el pedazo de plástico. No había mala intención, tal vez sólo desconocimiento de las consecuencias que un “inofensivo” acto podría traer no sólo para el medio ambiente sino también para él.

Caía la tarde cuando Martín dejó el vaso a la orilla del mar. Algunas personas pasaban pero no veían el vaso pues no era algo que llamara su atención. La marea subió y arrastró al vaso de plástico en sus aguas.

El vaso no tenía nada que hacer pues la corriente se lo llevaba poco a poco mar adentro. Lo sumergía hasta el lugar en donde la luz no llega. Un pez lo vio y lo confundió con alimento. El destino lo llevó ahí. El pez, al no saber lo que era, devoraba al vaso con dificultad. El vaso estaba ahora dentro del pez.

A la mañana siguiente, el mismo pez fue sacado del mar con una red de pescadores. Junto a cientos de otros pescados, fue llevado a la costa y de ahí, al mercado más cercano, donde los precios son bajos y el pescado fresco.

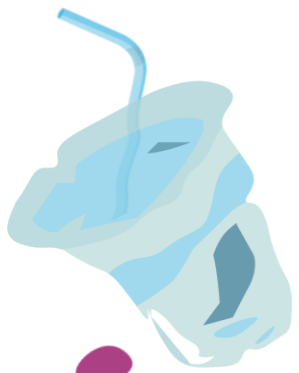
Nadie hubiera imaginado que ese día Julia estaba comprando en ese mismo mercado, y que el vaso y ella se volverían a encontrar. La experta cocinera llevó las compras a su puesto de trabajo, como siempre hacía. Pero tuvo la mala suerte que justo cuando empezó a preparar la comida del día, el

Marco A. Rodriguez, 17 años

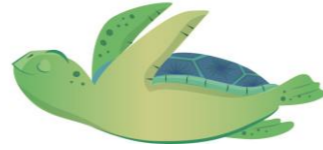


2/3

ID-961



Vasos de plástico



ID-961



FIN

M Marco A. Rodriguez, 17 años



inspector sanitario pasaba ahí. No era la primera vez que se encontraba con el inspector, pero esta vez no iba a acabar bien. Julia cortó el pescado frente al inspector y para sorpresa de los dos, adentro del pescado salía el vaso de plástico, ese mismo que alguna vez le ofreció a Martín.

El mismísimo Martín apareció en ese instante. Y vio cómo el inspector clausuraba el puesto de Julia por falta de higiene, dejándola sin trabajo. Martín se acercó para preguntarle a Julia qué había pasado, y ella le contestó entre sollozos —He perdido mi único trabajo. Había un vaso de plástico dentro del pescado que había traído y me clausuraron el puesto.

Martín sintió un sentimiento de culpa y le ofreció dinero a Julia para que ella volviera a su casa. El fiel policía que

estimaba tanto a su amiga, sintió que por su culpa le habían quitado el trabajo. Trataba de convencerse a sí mismo de que no era posible que fuera el mismo vaso que botó sin querer y que ahora era el causante de todo esto. Se dijo a sí mismo, pues la verdad quién sabe qué cantidad de plástico se encuentra en el mar. Pero la duda lo abrumaba.

Aprendemos de nuestros errores, reflexionó. No podía devolverle el trabajo a Julia, pero sí podía evitar que algo así pasara nuevamente en el futuro.

Desde entonces, ya no ves a Martín comiendo ceviche después de terminar su patrullaje. Ahora cada tarde se ve una silueta con una bolsa recolectando basura de las costas de las playas.



Vasos de plástico



ID-1066



David S. Roldan, 11 años



1/3

¡Hola, me llamo Marco! Soy un vaso y viajé de Ecuador a Chile. Les voy a contar cómo llegué hasta Chile. Todo comenzó en una playa en Ecuador. Yo era un vaso para tomar bebidas. El sujeto que me había cogido no era una persona que reciclaba. Me botó a la arena de la playa y luego una gaviota me cogió y me lanzo al Océano Pacífico.

Algunos animales querían comerme pues pensaban que yo era comida. ¡Por suerte nadie me mordió! ya que de haberme mordido podrían haber muerto o haberse asfixiado conmigo. Más tarde me di cuenta de que no era la única basura en el océano ya que había visto más basura, por ejemplo una chancla, una botella, un palito de helado, etc.

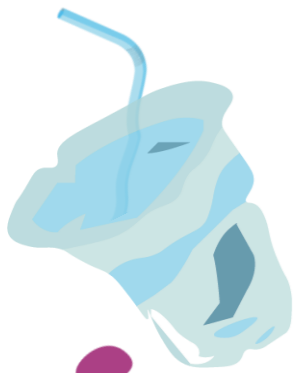
Pero lo que más me sorprendió fue ver que la basura ya estaba empezando a formar una pequeña isla de basura y yo estaba a punto de ser parte de esa isla. Un pez se atoró conmigo y me llevó, alejándome de la isla de basura.

Luego de un rato nos desatoramos y el pez se fue por su camino y yo no sabía a dónde ir. Empezó a oscurecer y me dormí.

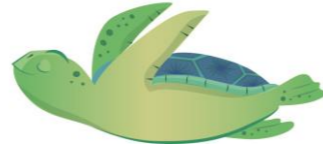
En las profundidades del Océano Pacífico había encontrado más basura, como vasos de plástico, cosas reciclables, botellas de plástico, botellas de vidrio y bolsas. El océano estaba contaminado pues estaba lleno de basura. No sé cómo pero empecé a subir a la superficie del océano y me encontré con un barco de pesca. Estaban pescando pero en la red no había pescados sino basura. El pescador al ver la basura en su red la botó toda al océano otra vez. ¡No la recogió!

Me di cuenta de que los humanos eran los que botaban la basura. Algunos más lejos del océano y otros directamente en el océano. Yo quería ir a Chile. Esperaba que una corriente





Vasos de plástico



me llevara ya que pensaba que en Chile no había tanta basura.

Pero me había equivocado. Me di cuenta de que ¡todo el mundo estaba contaminado con basura! y además de que yo también era una basura marina. Yo no quería ser basura marina sino quería ser reciclado.

Me fui rumbo a Chile. En mi camino vi a unos recicladores de basura y quería ir hacia ellos pero no pude. Una ola me llevó lejos de ahí. Yo quería acercarme y no pude. Las olas me alejaban del lugar y una ola más grande me arrastró muy lejos de los recicladores. Me sentí triste ya que pensaba que no volvería a verlos. Las olas me alejaban de la playa y en ese momento apareció una tortuga que se atoró conmigo. La tortuga nadó hacia la profundidad del Océano Pacífico. Allí pude ver a unos buzos. Ellos se asustaron ya que me había

adherido a la tortuga y junto con la demás basura parecía un tiburón.

Lo buzos escaparon al tiro pues yo los había ahuyentado. Poco a poco con la fuerza de la corriente me iba separando de las otras basuras. Luego unos peces me agarraron para comerme pero una ola los alejó.

Yo seguía buscando a las personas que reciclaban pero no encontraba ninguna playa. Me seguía encontrando con más basura, botellas, palitos, fundas, chalas, papel y ropa. ¡Al fin! Había encontrado una playa de Chile. Ahora era una basura que estaba en la playa de Chile.

En esa playa había una fiesta. Vi cómo botaban a otro vaso que cayó en la arena. Este vaso se llamaba Juan. Se veía muy triste ahí tirado. Luego Juan vio que yo estaba a su

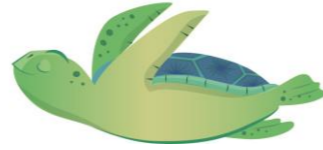


David S. Roldan, 11 años





Vasos de plástico



lado y me dijo —¿A ti también te han desechado? Le dije que sí pero no aquí sino en Ecuador. En otra fiesta de la playa.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Juan y le respondí que había llegado a Chile con mucho miedo ya que pensaba que nunca volvería a ver tierra y que las corrientes me habían traído hasta aquí.

Juan me dijo que habíamos sido botados como basura. Ahora teníamos que esperar hasta que las personas que limpian la playa nos recogieran y nos llevaran a reciclar. Ya no seremos basura y pensando en esto al caer la noche nos quedamos dormidos. Cuando despertamos ya no estábamos en la playa. Alguien nos había recogido y nos habían reciclado. Nos habían convertido en una pequeña maceta. Estábamos tan felices. ¡Ya no éramos basura sino una pequeña maceta!

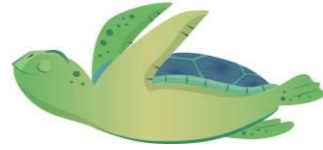
FIN

David S. Roldan, 11 años



ID-1066





Pajillas – bombillas –popotes- sorbetes o pajitas

El sorbete

Todo empezó en la fábrica de Sorbetes Alegres en Guayaquil. Se tardaron 14 horas en hacerme. Me metieron en una bolsa con otros 99 sorbetes, quienes resultaron ser mis hermanos. Todos teníamos el mismo largo, pero distintos colores. Yo era rojo. De la fábrica nos llevaron a una tienda en San Pedro, una vez ahí vinieron unas personas a comprarnos, nos compraron a todos los que estábamos en el mismo paquete. Nos compraron para usarnos en una fiesta. ¡Que tristeza cuando nos sacaron de la bolsa y nos separaron!

Justo en ese momento me puse muy triste, casi hasta al punto de la depresión. Dentro de un vaso de coctel me emborraché y ni siquiera supe en qué momento terminé en una bolsa de basura. Al día siguiente vino un camión de basura a recoger todos los desperdicios de la fiesta. Desde este camión nos tiraron por un precipicio muy alto al mar.

Con el chapuzón de agua se me pasó la borrachera y me encontré flotando en el Océano Pacífico. Fui arrastrado por las corrientes marinas a la Isla del Pelado. Vi pasar hermosos peces muy coloridos de todos tamaños y a otros animales marinos. De repente me atrapó una tortuga y me llevó hasta las Islas Galápagos. Desde el agua pude ver a más tortugas, muchas de ellas muchísimo más grandes que la que me trajo hasta aquí.

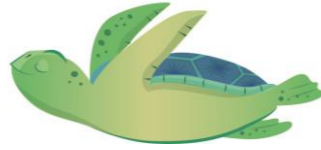
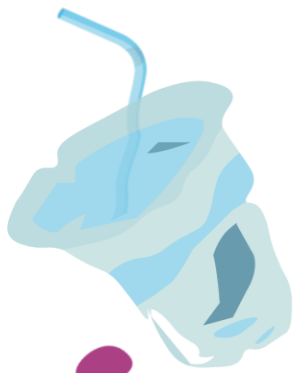
La tortuga se cansó de mí porque no logró comerme, ya que estoy hecho de plástico. Durante semanas, seguí flotando en el agua de isla en isla, donde vi más animales extraños como el suricato, los lobos marinos y unos pájaros graciosos de patas azules.

Joseph E. Ramos, 11 años



1/3





Pajillas– bombillas –popotes- sorbetes o pajitas

De repente me atoré en la branquia de un pequeño pez, dejándole sin respiración y un pez espada se aprovechó de esto y se tragó al pobre pez sin darse cuenta que yo estaba atrapado en su branquia. Terminamos en el estómago del pez espada. Yo le causé dolores de barriga y molestias en las tripas, pero el pez poco a poco se acostumbró a mi presencia en su cuerpo. Mucho tiempo seguimos recorriendo el océano, pero yo ya no disfruté de la belleza de la vida en el mar, ya que estaba dentro del pez espada.

Sin darme cuenta durante el viaje en el mar había comenzado a descomponerme y a convertirme en microplástico. Por el corriente sanguíneo del pez, yo, ya convertido en microplástico, terminé en la carne del pez.

Un hermoso viernes el pez espada fue capturado por las redes de unos pescadores y finalmente yo volví como microplástico a tierra firme en San Pedro, en el mismo lugar en donde había iniciado mi aventura. En cuanto llegamos a la playa nos llevaron al mercado de San Pedro, y allí estaba Doña Juana, esperando para comprar el pescado que sirve para el almuerzo en su restaurante. ¡Claro, ella no tenía idea de que este pez espada estaba lleno de microplásticos!

Doña Juana preparó un rico estofado que después sirvió en las mesas de su negocio. La gente disfrutaba del excelente menú, y así fue como yo terminé en diferentes estómagos.

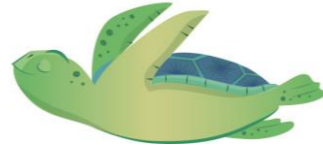


Joseph E. Ramos, 11 años



2/3





Pajillas– bombillas –popotes- sorbetes o pajitas



Me dio mucha tristeza ver en mi camino a la boca, que había gente tomando jugo de sandia con sorbetes. Por experiencia propia, ahora ya sabía cómo iban a terminar todos ellos, pero no les pude advertir ya que me saborearon con la boca cerrada y así comenzó mi desagradable viaje por el interior de estas personas.

Después de unas 24 horas en un ambiente oloroso terminé en el pozo séptico de alguna casa que tenía conexión con el estero del río Valdivia. En un aguacero muy fuerte se amplió el estuario y nuevamente me encontré en el Océano Pacífico.

Y así es cómo termina la triste historia de mi vida como sorbete de la fábrica de Sorbetes Alegres.

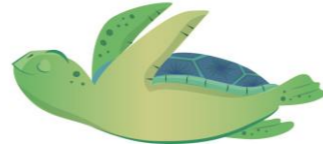
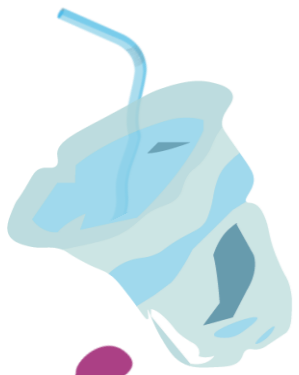
FIN

Joseph E. Ramos, 11 años



ID-956





Pajillas – bombillas –popotes- sorbetes o pajitas

¡Hola! Soy la bombilla y esta es mi historia. Soy un plástico, creado en una fábrica. Yo vivía en una tienda grande y muy famosa. Me sirvieron en una bebida y después me tiraron al basurero. Momentos después, me encontraba en un largo camino.

La verdad es que yo estaba muy triste. Me llevaron a un basurero cerca de una playa, a la que casi nadie visitaba porque había mucha basura. En ese momento vi a muchas bombillas tiradas junto con más plásticos y mi tristeza aumentó. Creo que en el basurero no se daban cuenta de que había un hueco por el que me caí. Empezaba a oscurecer y subió la marea. La marea me arrastró mar adentro. Sentía mucho miedo y estaba muy sola.

Me quedé flotando y sin darme cuenta fui arrastrada a un lugar en el mar en el que habían muchos productos tirados.

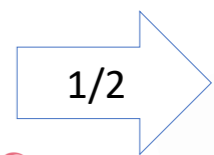
Me empecé a hundir ya que la suciedad se me pegaba. Caí al fondo del mar. En eso se acercó un animal muy bonito y grande. ¡Era una tortuga! Me asusté mucho. La tortuga abrió la boca y me tragó. Se había confundido pues ella pensó que yo era su comida. Pasé un tiempo dentro de la tortuga hasta que escuché un ruido. La tortuga tenía la boca abierta y me sentí aterrado. ¡Creo que mate a un animal muy bonito y pacífico!

Cuando salí de su boca, estaba en medio del océano. Pasaron días, semanas, meses hasta que por fin llegué cerca de la costa. Había llegado a la orilla de otra playa. En esta playa había mucha basura y la marea me arrastró y me dejó ahí botada. Pero era mejor que estar en el mar. Allí tirada, yo pasé muchos días y estaba muy sucia pues tenía algas, arena y más cosas. Entonces vi a un grupo de personas que venían con bolsas y un objeto raro con el que recogían la basura.



1/2

Maribel A. Rain, 11 años



ID-958





Pajillas– bombillas –popotes- sorbetes o pajitas



Todos ellos estaban haciendo un trabajo extraordinario y la playa estaba quedando muy limpia.



Cuando salí de su boca, estaba en medio del océano. Pasaron



días, semanas, meses hasta que por fin llegué cerca de la costa. Había llegado a la orilla de otra playa. En esta playa



había mucha basura y la marea me arrastró y me dejó ahí botada. Pero era mejor que estar en el mar. Allí tirada, yo



pasé muchos días y estaba muy sucia pues tenía algas, arena y más cosas. Entonces vi a un grupo de personas que venían



con bolsas y un objeto raro con el que recogían la basura.

Todos ellos estaban haciendo un trabajo extraordinario y la playa estaba quedando muy limpia.



Días después, una persona tomó una foto de la playa limpia.



Muchas personas empezaron a visitar esta playa, y muy pronto estaba llena de gente. Pero lo que me ponía de verdad

muy enojada y triste es que algunas personas traían su basura y la tiraban en cualquier lugar. Ni siquiera traían una bolsita o algo para botar su basura.

Las personas que limpiaron la playa se habían esforzado mucho en limpiarla. Y después llegaron personas que botaron millones de basura y contaminaron la playa. Esas personas tan malas no pensaban a dónde iba a ir toda esa basura y no sabían dónde iba a terminar ni las cosas que podían ocasionar. A mí me tiraron y terminé matando a una indefensa tortuga. Si a mí no me hubieran tirado, me habrían reciclado y esa pobre tortuga estaría viva. Me da mucha lástima, pena y tristeza que esto pase. Por eso quiero que todos sepan que en este mundo necesitamos reciclar la basura y ponerla en el lugar correcto ya que al tirarla en cualquier parte no sabemos en dónde va a terminar. Ayudemos al mundo.



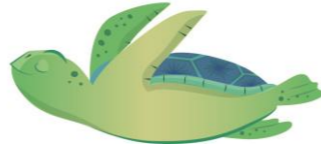
FIN

Maribel A. Rain, 11 años



ID-958





Pajillas– bombillas –popotes- sorbetes o pajitas

Pamela la Pajilla

¡Hola! Soy Pamela, una pajilla. Hoy vengo a contarte mi historia y espero que te guste y que disfrutes mis aventuras. Mi vida comenzó en una fábrica en China. Nací en 1988 y, según lo que recuerdo, era una pajilla de plástico. En la fábrica podía ver muchas más pajillas de diferentes colores. Cuando me sacaron de la fábrica, cada una iba dentro de una pequeña bolsita muy ajustada. Casi no podía respirar. Parecía una bolsita de papel con algunos colores.

Así íbamos todas las pajillas, todas en una caja de cartón hacia lo que parecía una bodega muy grande. Cuando llegamos ahí nos sacaron y luego recuerdo que nos echaron en bolsas de cien pajillas cada una. Estuvimos en una de las bolsas durante muchos días; casi una semana. Pasaban los días y me aburría cada vez más.

Un día desperté y alguien agarró una caja. ¡Era en la que

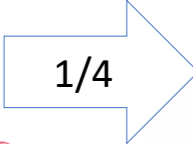
estaba yo! Logré escuchar a un señor que decía algo pero no podía entender nada ya que no era mi idioma.

Me pusieron en un camión y me llevaron hacia algún lugar. En este punto yo ya estaba muy perdida ya que dentro de una caja no podía ver nada. Cuando llegué, me di cuenta de que estaba en un aeropuerto. Podía escuchar mucho ruido de motores y personas.

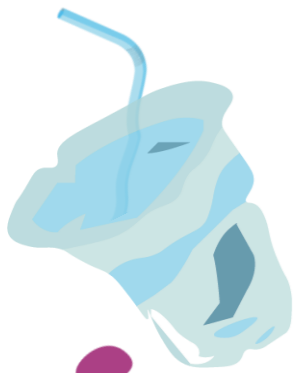
El camión se detuvo y nos bajaron. Sentí que tiraron la caja en un pequeño cajón donde estaban otras cajas. —¡Deberían tener más cuidado! Estuvimos en ese cajoncito un rato, hasta que nos subieron a un avión. El viaje se me hizo eterno; creo que duró como unas diez horas. Nos bajaron y nos llevaron a una sala donde se escuchaba mucho ruido pero esta vez eran personas no motores. Podía darme cuenta de que estábamos en México por el acento de las personas.



Mariangel Bristán, 12 años



ID-966



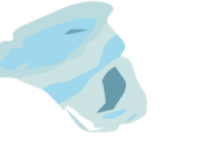
Pajillas— bombillas —popotes- sorbetes o pajitas



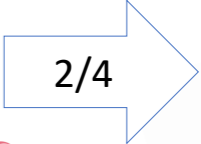
En este punto, tomaron las cajas y las pusieron en un camión. Este fue un viaje como de una hora aproximadamente, hasta llegar a un supermercado muy pequeño. Nos sacaron de las cajas para ponernos en unos estantes. Pasaron los días y yo veía como se llevaban otras bolsas con pajillas pero nadie tomaba la bolsa en la que yo estaba. Hasta que un día —¡Por fin! Alguien llegó y compró la bolsa de pajillas donde yo estaba. En ese momento me puse muy feliz porque al fin me iban a utilizar como una pajilla. Salimos del supermercado en una bolsa plástica junto con otros productos. Una muchacha puso la bolsa plástica en el asiento de un carro y se dirigió hacia un restaurante en la ciudad.

Cuando llegamos, otra persona abrió la bolsa y me pusieron en una mesa. Una niña rompió el papelito en el que venía envuelta y me utilizó para tomar un batido de banano. Me

dejó en el vaso y se fue. Me imaginé que iba hacia su casa. Luego una persona que trabajaba en el restaurante me agarró y me tiró en un basurero donde había sobras de comida, cáscaras de verduras y otros plásticos. Esto me molestó mucho pero, bueno, soy sólo una pajilla; no puedo hacer nada. Estuve ahí poco tiempo y al parecer se producían muchos desechos. Este era un basurero pequeño por lo que se llenaba muy rápido. Agarraron la bolsa donde yo estaba y la pusieron afuera, a la par de un enorme basurero cerca de la calle. Estuvimos ahí como por dos días y nadie nos recogía. Una noche, llegaron unos perros y mordieron la bolsa y de inmediato salieron casi todos los desechos que contenía la bolsa, entre esos yo. Salí de la bolsa y estuve ahí por varias horas. Veía muchas personas que pasaban a mi lado y nadie me recogía. Ya no servía para nada; ahora me había convertido en basura.

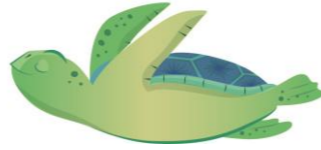


Mariangel Bristán, 12 años



ID-966





Pajillas— bombillas —popotes- sorbetes o pajitas



Se hizo de noche y empezó a llover muy fuerte, tanto que a los caños ya no les cabía más agua. La calle se empezó a llenar de agua muy rápido. De pronto, sentí como una corriente de agua que iba por la calle y me arrastró hasta el caño. Las aguas del caño iban muy rápido tanto que apenas podía sacar la cabeza del agua para respirar. Este caño me llevó a otro y así durante días estuve de caño en caño, de alcantarilla en alcantarilla. Por el día estaba en el caño seco pero en las noches de lluvia me llevaba a las afueras.

Llegó un día en el que caí a un río. Estuve muchos días flotando en ese río sin saber hacia dónde me llevaba. Durante el camino noté que había mucha más basura y no toda plástica. Habían latas, mecates, piezas de metal y mucha basura orgánica que no había llegado conmigo del caño. Un día me di cuenta que no podía ver muy bien las orillas del río;

estaba saliendo al mar y las aguas cambiaron. Sentía que el agua era más fría y de diferente color. Había mucha arena y peces de diferentes especies. Algunos pensaron que yo era comida y me mordieron. Pronto descubrieron que no era comida sino que era sólo una pajilla de plástico. Estuve unos días dando vueltas por las corrientes marinas y vi muchas cosas que nunca había visto antes. —¡Jamás imaginé que los peces viajaban por las corrientes marinas!

Uno de esos días llegó una enorme tortuga que iba por una corriente. Al parecer tenía hambre e intentó comerme, pero no pudo entonces me introduje en su nariz. La tortuga se sentía mal porque sacudía su nariz muy fuerte, tanto que empezó a sangrar. Me habría gustado hacer algo, pero no podía moverme. Estuve en su nariz mucho tiempo. La



Mariangel Bristán, 12 años



3/4



ID-966





Pajillas – bombillas –popotes- sorbetes o pajitas



tortuga cada día se debilitaba más y se envolvía en otros plásticos, pero aun así seguía nadando. La tortuga, ya muy débil, fue arrastrada por las olas hasta una playa de Chile y ahí unas personas nos encontraron. A la tortuga se la llevaron a un centro de rehabilitación, donde la revisaron y la curaron para que pudiera volver al mar como antes y a mí me volvieron a tirar a la basura.

Esto sucedió hace más de treinta años. El día de hoy tengo treinta y dos años y me quedan cuatrocientos sesenta y ocho años más de vida. Ahora vivo en un relleno sanitario junto con la demás basura.

Sé responsable con nosotros ya que como desecho no podemos hacer nada.



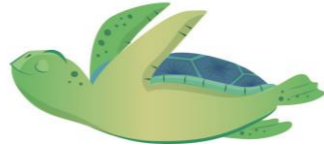
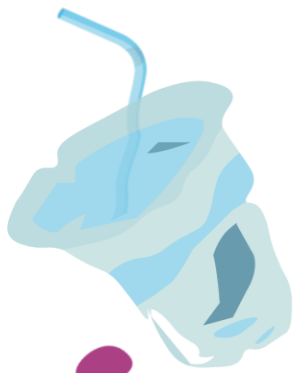
FIN

Mariangel Bristán, 12 años



ID-966





Pajillas – bombillas –popotes- sorbetes o pajitas

Berty en el mar

Hoy abrí mis ojos por primera vez. Estoy en una especie de fábrica o algo por el estilo. En el fondo puedo ver un cartel que dice “Modulo B: Plásticos de un sólo uso”. ¿Seré un objeto plástico? A mi alrededor hay algunos que se parecen a mí pues son altos, delgados y en forma de un tubo. Algunos son de color verde, con líneas azules, otros son de color rojo con líneas amarillas y yo soy blanco con algunas líneas negras. Pregunté en voz alta si alguien sabía lo que éramos y por qué estábamos acá. A la distancia escuché una voz que dijo — ¡Somos bombillas plásticas! Nos utilizan para sorber líquidos. Estamos en la fábrica de plásticos del Tío Juan. Le agradecí a la bombilla que respondió y me quedé muy ansioso. Lo primero que hice fue bautizarme con algún nombre. Pensé que no podía andar por ahí sin tener un nombre, así que me llamé a mí mismo Berty.

Al día siguiente, tomaron a todos los objetos que estábamos en el módulo B y nos colocaron en recipientes enormes. No podía ver muy bien porque estaba todo muy oscuro. Me puse muy nervioso y no podía evitar moverme pues al parecer había mucha turbulencia. Después de muchas horas, volví a ver la luz y ahora estaba dentro de una envoltura plástica. Me tomaron y con una máquina vertieron un líquido transparente, muy viscoso. Creo que era una especie de pegamento. Luego me colocaron en una caja rectangular y no pude despedirme de mis demás compañeros. Nunca los volví a ver.

Así conocí a mi nueva amiga Burbi, y me fui con ella. Burbi me contó que ella era una caja y que en su interior tenía jugo de naranja. También me explicó que ahora íbamos a estar

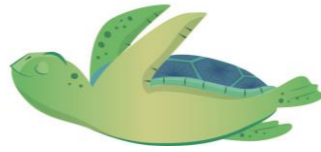
Carolaine Y. Barra, 16 años



1/3

ID-967





Pajillas– bombillas –popotes- sorbetes o pajitas



juntos ya que las personas me necesitaban para poder beber el líquido de su interior. Yo tenía la forma de un tubo y eso facilitaba a los humanos extraer el jugo que estaba dentro de Burbi. Estaba emocionado y feliz de saber para lo que servía. Entonces imaginé que las personas me usarían a diario, ya que necesitan beber líquidos para sobrevivir.

Después de muchas horas de viaje y una hermosa conversación con mi nueva amiga, nos detuvimos. Las puertas del camión se abrieron y logré ver que alguien tomaba la caja en la que estábamos. Nos bajaron y nos dejaron en una especie de mesón. Una ancianita nos sacó de la caja y nos dejó en un mueble que tenía un vidrio enorme. Me di cuenta que no estábamos solos. Había muchos más como nosotros; es más, había botellas de refresco enormes, latas de bebida, etc. Luego de un rato empecé a sentir un poco de frío y me quería ir de ahí pues se estaba poniendo helado. Mi amiga

Burbi me explicó que era una máquina que permitía mantener los refrescos fríos. Inmediatamente le pregunté cómo sabía eso, y ella me comentó que no era la primera vez que estaba en un lugar así. Ella ya había sido reciclado varias veces antes y me comentó que yo era su compañero número seis. Esto último no lo entendí muy bien, pero intenté poner buena cara a pesar de que hacía mucho frío.

Pasó un rato y un pequeño niño junto a sus amigos, abrieron la máquina y sacaron varias cajas de jugo, incluyendo a nosotros. Pagaron y se fueron. Nos echaron a una mochila y otra vez estaba todo oscuro. Burbi me preguntó que si estaba nervioso y le respondí que sí. Me dijo que no me preocupara y que había llegado la hora de ver para qué fui creado.



Carolaine Y. Barra, 16 años

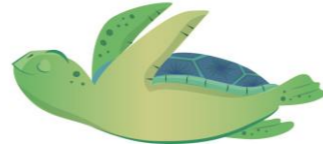


2/3



ID-967





Pajillas– bombillas –popotes- sorbetes o pajitas



Los niños se detuvieron, abrieron la mochila y nos sacaron. Quedé sorprendido por la vista. Todo era tan hermoso pues al parecer estábamos en la playa. Era la primera vez que podía ver el mar. Los niños se sentaron en unas piedras enormes que estaban a la orilla. Un chico me tomó y me introdujo al interior de Burbi. El chico succionó y sentí cómo el jugo pasaba a través de mí cuerpo. En ese momento entendí cuál era mi propósito. El niño se terminó todo el jugo, nos puso a mí y a Burbi en el suelo y saltó sobre nosotros. Fue tanta la fuerza que salí disparado, cayendo al mar. Escuche algunas risas y no los volví a ver más.

En el mar comencé a flotar por la superficie. Pensé que estaría solo por el resto de mi vida. A lo lejos logré ver algo. Era una tortuga muy grande y hermosa. Creo que la tortuga no sabía lo que yo era. Comenzó a nadar hacia mí, hasta que estaba tan

cerca que con su nariz me succionó. La pobre tortuga no podía respirar y me sentía muy mal por hacerle tanto daño. Traté de salir pero fue imposible. Pasaron semanas hasta que una red nos atrapó. Eran pescadores quienes tomaron a la tortuga y uno de ellos me jaló y me sacó de la nariz de la tortuga. Al fin salí de ahí. Los pescadores regresaron a la gran tortuga al mar. Uno de los pescadores decidió llevarme a su hogar. Yo no sabía por qué pues si ya estaba completamente usado, ya no servía para nada.

En el camino a su hogar, lo escuché decir que me iba a reutilizar para hacer un lindo juguete para su hija. No pensé que eso fuera posible. Hoy, gracias al pescador que me rescató, vivo feliz y sin hacerle daño a ningún ser vivo.



Carolaine Y. Barra, 16 años



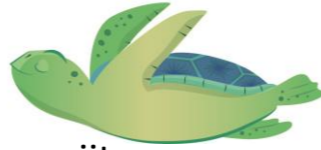
FIN

ID-967





Pajillas– bombillas –popotes- sorbetes o pajitas



Era muy tarde. La tortuga había perdido la batalla y comenzaba a ver todo borroso y todo por la culpa de... ¿Una pajilla? No pude llegar a tiempo, pero para entender debemos comenzar por el principio. ¿Quién había sido el responsable?



Juan

Fiesta Cangreja es un restaurante en la bahía marina de Coquimbo. Es muy concurrido por sus deliciosos platos marinos y por sus bebidas frías con frutas tropicales. Juan, uno de los principales trabajadores y socios del dueño llevaba ya un tiempo en una campaña de reducción de plástico. Su hijo estudiaba el Bachillerato y en uno de sus cursos lo habían llevado a limpiar las playas. Él joven informó a su padre sobre los residuos. Juan quiso ayudar después de haber escuchado a su hijo. Juan tomó conciencia y notó que en su trabajo había muchas bolsas y objetos innecesarios. Después de hablar con el dueño, que era su amigo, lograron mejorar varios aspectos. Sin embargo, las pajillas eran baratas y no les pareció conveniente deshacerse de ellas.



Marta

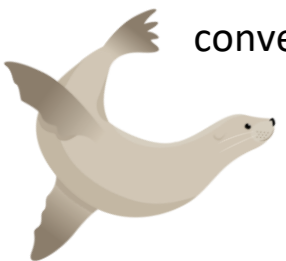
Siempre risueña, hoy era su cumpleaños número nueve y la mejor sorpresa que pudo recibir fue pasar su cumpleaños en el mar con sus dos mejores amigas. Alrededor del mediodía su estómago ya pedía comida. Se acercaron al restaurante más llamativo debido a la ocasión. Pidieron un banquete de mariscos en Fiesta Cangreja. Marta decidió acompañar el almuerzo con un surtido de piña y limón, el cual venía con una pajilla de forma peculiar. Tenía un espiral y era más gruesa de lo normal. Además, era amarilla, su color favorito. Después de comer, sus amigas decidieron volver al mar a jugar y Marta llevó consigo la pajilla pues era demasiado genial como para dejarla. Debido a los juegos no tardó en olvidar la pajilla encima de la toalla tendida en la arena. La brisa marina era más fuerte conforme anochecía y pronto la pajilla terminó volando de donde se encontraban. Marta había perdido la pajilla especial, pero le dio igual ya que pronto era la hora de abrir los verdaderos regalos.

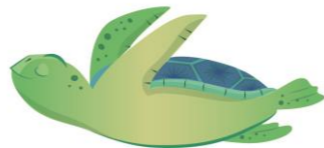


Luis Biondi, 17 años



ID-1003





Vasos de plástico y pajillas – bombillas –popotes- sorbetes o pajitas

Carlos

Mi mejor amigo no suele disfrutar mucho la playa. Él odia la arena. Sin embargo, la forma más fácil de mejorar esa nota de biología en la universidad se encontraba en la reserva Ruiseñor, a cinco kilómetros de Fiesta Cangreja. Varias tortugas iban a dar a luz en los siguientes días y el trabajo de los jóvenes ayudantes era asegurar que las tortugas bebés llegaran a salvo al mar. Tarea fácil.

Carlos se dispuso a observar a la tortuga que acababa de dar a luz. Junto con otros compañeros observaban detenidamente cómo pequeñas tortuguitas veían por primera vez el mundo. Notó que la arena tenía un poco de basura, probablemente traída por las corrientes de aire marinas durante la noche. Él sabía que no muy lejos había muchos locales nocturnos y restaurantes familiares. El equipo de limpieza no venía desde hace un tiempo, pero no le dio importancia, claro pues su trabajo no era ese, sino el de observar tortugas. Sólo un palito

amarillo llamó su atención a lo lejos. Se dispuso a acercarse, pero al ver que una ola le ganaba, continuó con su tarea de observación. La pajilla había sido tragada por el mar así que mucho más no podía hacer. También ignoró el resto de las bolsas y los vasos tirados en la arena.

Yo

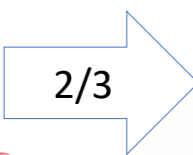
Me encontraba en clases de buceo cuando recibí la llamada. No había hablado con Carlos desde hacía unas semanas, pero sabía de su trabajo en la reserva. Me habló en un tono preocupado. Al parecer uno de los GPS de las tortuguitas señalaba que se estaba hundiendo. Algo inusual ya que no se encontraba muy lejos de la playa y en teoría debería estar con su madre ahora. Mi instructor dirigió el bote hasta la locación y nos lanzamos al agua pues no debería de estar tan profundo.

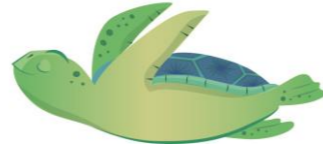


ID-1003



Luis Biondi, 17 años





Vasos de plástico y pajillas – bombillas –popotes- sorbetes o pajitas



Rescate

Nadé cada vez más profundo y divisamos un grupo de tortugas. Encontramos a la madre mas no a la tortuga bebé. Bajamos hasta un arrecife y vimos a la tortuguita sin poder nadar. Tenía una pajilla amarilla incrustada en sus orificios nasales. Fue desgarrador. Nos apresuramos y la llevamos hasta la reserva. La veterinaria y experta hizo todo lo posible. Pero era muy tarde y no sobreviviría.

El mar

Llegué con un sabor agridulce a casa. Es verdad que muchas tortugas bebés no sobreviven los primeros meses. Pero esta vez la culpa no era de la naturaleza. Era debido a una creación humana, a la contaminación. Me sentí terrible y me hundí en mi almohada.

¿De quién había sido la culpa? ¿De los productores? ¿De las personas que lo ofrecían? ¿Los que lo recibieron? ¿Los que no hicieron nada para quitarlos de la playa? No lo sé. Siento que todos fueron negligentes. Me entristecí al darme cuenta de que para comenzar, dichas pajillas ni deberían existir. Muchas de ellas siguen contaminado nuestro ambiente. Sólo tenía algo claro. Amy la tortuguita no había tenido a culpa.

Trabajo

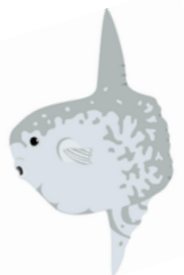
Por eso ahora formo parte de la brigada de limpieza de playas en la reserva. No quiero que ninguna tortuguita más deje de existir por culpa de los humanos.

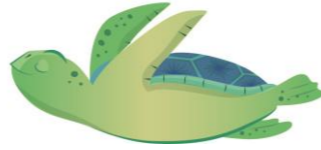
FIN

Luis Biondi, 17 años



ID-1003





Pajillas – bombillas –popotes- sorbetes o pajitas



Soy Josefina, una bombilla. Estoy hecha de plástico y nací en una fábrica, junto con miles de hermanas iguales a mí. Para salir de allí, primero nos juntaron en pequeños grupos de bolsas y nos llevaron a un lugar llamado supermercado. Un día una mujer tomó la bolsa en la que yo estaba y, después de muchas vueltas y viajes, llegamos a un kiosko en la playa. Yo estaba súper feliz y emocionada, ya que no conocía la playa y era un lugar hermoso.

Al cabo de unos minutos me pusieron en un vaso que contenía jugo de frambuesa. ¡Era tan delicioso! Le dieron el vaso a un niño que no tardó en llevarme a su boca y usarme. El niño caminó por la playa y cuando se acabó el jugo, me lanzó a mí y al vaso al suelo. Las olas me arrastraron hacia adentro. Fue un largo viaje y después de varios días, llegué a las profundidades del mar. Ahí me encontré con muchas otras bombillas, bolsas de plástico, vasos, botellas y muchos otros objetos de plástico.

Pero nuestra comunidad del plástico no estaba sola. Había diferentes tipos de peces y tortugas que pasaban a cada minuto. Era un escenario extraño. Un día vi pasar a una tortuga con un bolsa pegada a su aleta, y me preguntaba ¿Por qué los animales pueden ir donde ellos quieren y nosotros sólo vamos donde nos lleven? Analizando más mi pregunta, me di cuenta que la comunidad invasora no eran los animales marinos ¡Éramos nosotros! La comunidad del plástico.

Me embargaron sentimientos angustiantes. Me di cuenta también de que yo sólo soy una bombilla y que no podía hacer nada para dejar de estar contaminando ese hermoso hogar marino.



Scarleth Schwazemberg, 17 años



FIN

ID-1055

